

JUSSI ADLER-OLSEN

DEPARTAMENTO Q

LA MUJER QUE ARAÑABA LAS PAREDES

El primer caso de Carl Mørck,
comisario del departamento Q

Traducción:



MAEVA

Prólogo

La mujer arañó las paredes lisas hasta hacerse sangre en las yemas de los dedos y golpeó los gruesos cristales con los puños cerrados hasta que las manos se le quedaron insensibles. Había avanzado a tientas hasta la puerta de acero por lo menos diez veces para meter las uñas en el resquicio y tirar, pero la puerta no se movía un ápice y el borde estaba afilado.

Finalmente, cuando las uñas se despegaron de la carne, se dejó caer al suelo helado, jadeando. Se quedó un momento mirando fijamente a la impenetrable oscuridad con los ojos muy abiertos y el corazón desbocado, y entonces gritó. Gritó hasta que le zumbaron los oídos y su voz flaqueó.

Después echó la cabeza atrás y volvió a sentir el aire fresco que bajaba del techo. Tal vez pudiera saltar hasta allí si tomaba carrerilla y lograba agarrarse a algo. Tal vez así ocurriera algo.

Sí, tal vez así los cabrones de fuera tendrían que entrar adonde estaba ella.

Y si apuntaba a sus ojos con los dedos rígidos tal vez podría cegarlos. Si actuaba con rapidez y sin vacilar tal vez lo conseguiría. Y entonces tal vez podría escapar.

Estuvo un rato lamiéndose los dedos ensangrentados; después los apoyó en el suelo, hizo fuerza y se puso en pie.

En medio de la oscuridad, miró hacia el techo. Quizá estuviera demasiado alto para saltar. Quizá no hubiera nada a lo que agarrarse. Pero había que probar. No le quedaba otro remedio.

Se quitó el plumífero y lo depositó con cuidado en un rincón para no caer encima. Después dio un brinco y extendió

cuanto pudo los brazos en el aire, pero no encontró nada. Lo hizo un par de veces más antes de volver a la pared del fondo, donde se quedó un rato recuperándose. Después tomó carrerilla y saltó con todas sus fuerzas hacia arriba en la oscuridad, moviendo los brazos en todas direcciones en busca de la esperanza. Cuando se derrumbó, un pie resbaló en el suelo liso y el cuerpo cayó a un lado. Soltó un gemido de dolor cuando su hombro dio contra el cemento, y gritó cuando su cabeza golpeó la pared y vio las estrellas.

Se quedó un buen rato totalmente quieta y le entraron ganas de llorar, pero no lo hizo. En caso de que la oyeran, sus carceleros lo interpretarían mal. Pensarían que estaba a punto de rendirse, pero no lo estaba. Al contrario.

Quería cuidarse. Para ellos sólo era la mujer enjaulada, pero era ella quien decidía la distancia entre los barrotes. Quería concentrarse en ideas que se abrieran al mundo y mantuvieran a raya la locura. Jamás conseguirían que agachara la cerviz. Fue lo que decidió, tumbada en el suelo, con el hombro palpitante y dolorido, y un ojo cerrado por la hinchazón.

Un día de aquellos iba a escapar, estaba segura.

2007

Carl dio un paso hacia el espejo y se pasó un dedo por la sien, donde la bala lo había rozado. La herida estaba curada, pero la cicatriz destacaba claramente bajo el pelo si alguien se tomaba la molestia de mirar.

¿A quién coño iba a interesarle?, pensó mientras examinaba su rostro.

Se había transformado a ojos vistas. Las arrugas en torno a su boca eran más profundas, las ojeras más oscuras, y su mirada expresaba una profunda indiferencia. Carl Mørck ya no era el experimentado policía de la Brigada Criminal que sólo vivía para su trabajo. Ya no era el jutlandés alto y elegante ante quien la gente arqueaba las cejas y se quedaba boquiabierto. Claro que ¿de qué coño le valía eso?

Se abotonó la camisa, se puso la chaqueta, bebió de un trago el último sorbo de café y al salir cerró la puerta con fuerza, para que el resto de habitantes de la casa se enterase de que ya era hora de dejar las sábanas. Su mirada se posó en el letrero de la puerta. También iba siendo hora de cambiarlo. Hacía siglos que Vigga se había marchado. Y aunque todavía no se habían divorciado, lo suyo había terminado.

Giró en redondo y se encaminó hacia la estación. Si tomaba el tren que llegaba dentro de veinte minutos, podría estar media hora con Hardy en el hospital antes de ir a Jefatura.

Vio la iglesia de ladrillo alzándose tras los árboles desnudos y trató de tener presente lo afortunado que había sido, después de todo. Un par de centímetros a la derecha, y Anker estaría aún

vivo. Un solo centímetro a la izquierda, y él estaría muerto. Centímetros caprichosos que lo apartaron del paseo por campos verdes y las frías tumbas que había a unos cientos de metros.

Carl intentó comprenderlo, pero era difícil. No sabía gran cosa acerca de la muerte. Sólo que podía ser imprevisible como el rayo e increíblemente silenciosa.

Pero lo sabía todo acerca de lo absurdo y violento que podía ser morir. De eso sí que sabía.

Tan sólo un par de semanas después de salir de la Academia de Policía, la visión de la primera víctima de asesinato se quedó grabada en la retina de Carl. Una mujer delgada y menuda estrangulada por su marido yacía con la mirada apagada y una expresión en el rostro que hizo que Carl se sintiera miserable durante semanas. Después siguieron montones de casos. Cada mañana se preparaba para ver de todo. Ropa ensangrentada, rostros céreos, fotos desagradables. Todos los días escuchaba mentiras y excusas de la gente. Cada día traía su crimen en una nueva versión, cada vez sentía mayor indiferencia. Veinticinco años en la Policía y diez en el Departamento de Homicidios endurecían.

Y así iban las cosas hasta el día en que se presentó un caso que atravesó su coraza.

Lo habían enviado con Anker y Hardy a un barracón putrefacto de Amager, junto a un polvoriento camino de gravilla, donde un cadáver los esperaba para contar su historia particular.

Como tantas otras veces, fue la fetidez lo que hizo que un vecino reaccionara. Cualquiera lo tomaría por un tipo raro que se había tumbado pacíficamente sobre su propia porquería para exhalar sus últimos vapores alcohólicos, hasta que reparaba en el clavo de una pistola clavadora incrustado hasta la mitad en el cráneo. El clavo fue el motivo por el que el Departamento de Homicidios de la Policía de Copenhague se hizo cargo del caso.

Aquel día estaba de guardia el grupo de Carl, y ni él ni sus dos asistentes pusieron objeciones, aunque Carl se quejó como de costumbre por la excesiva carga de trabajo y la lentitud de los demás grupos. Claro que ¿quién podía saber lo fatal que iba a resultar aquel caso? ¿Que apenas cinco minutos después de penetrar en aquel hedor cadavérico Anker yacería en el suelo en un charco de sangre, Hardy daría sus últimos pasos y Carl perdería el entusiasmo que era absolutamente necesario para trabajar en el Departamento de Homicidios de la Policía de Copenhague?

2002

A la prensa sensacionalista le encantaba la vicepresidenta de Los Demócratas, Merete Lynggaard, por todo lo que representaba. Por sus aceradas respuestas desde el atril del Parlamento y su irreverencia hacia el primer ministro y sus títeres. Por sus atributos femeninos, mirada burlona y hoyuelos seductores. Le encantaba por su juventud y su éxito, pero por encima de todo le encantaba porque alimentaba todo tipo de especulaciones acerca de por qué una joven tan lista y guapa nunca se mostraba en público con un hombre.

Merete Lynggaard vendía montones de periódicos. Lesbiana o no, era buen material.

Todo eso lo sabía perfectamente Merete.

—¿Por qué no sales con Tage Baggesen? —le insistió su secretaria mientras caminaban a pasos cortos hacia su pequeño Audi azul evitando los charcos, camino de los aparcamientos del Parlamento de Christiansborg—. Ya sé que hay muchos que quieren salir contigo, pero ése está chiflado por ti. ¿Cuántas veces ha intentado invitarte a cenar? ¿Tienes la menor idea de la cantidad de notas que ha dejado encima de tu mesa? Mira, hoy mismo ha dejado otra. Dale una oportunidad, mujer.

—¿Por qué no lo ligas tú? —dijo Merete mientras descargaba un montón de carpetas en el asiento trasero—. ¿Para qué quiero yo al portavoz de Tráfico de los Radicales de Centro? ¿Puedes decírmelo, Marianne? ¿Soy acaso una rotonda?

Merete alzó la mirada hacia el Museo de Armas, donde un hombre vestido con gabardina blanca sacaba fotografías del edificio. ¿Habría hecho alguna fotografía de ella también? Sacudió la cabeza. Aquella sensación de sentirse observada empezaba a irritarla. Se estaba volviendo paranoica. Tenía que relajarse.

—Tage Baggesen tiene treinta y cinco años y está para comérselo, bueno, no le vendría mal adelgazar un par de kilos, pero por otra parte tiene una finca de recreo en Vejby. Bueno, y creo que también otro par de casas en Jutlandia. ¿Qué más quieres?

Merete se quedó mirándola. Sacudió la cabeza con escepticismo.

—Sí, tiene treinta y cinco años y vive con su mamá. Mira, Marianne, lígalo tú. Estás loca por él. Pues lígalo. ¡Es tuyo!

Cogió un montón de carpetas de los brazos de su secretaria y las puso en el asiento junto a las otras. El reloj del salpicadero señalaba las 17:30. Iba retrasada ya.

—Esta tarde va a echarse de menos tu voz en el hemiciclo, Merete.

—No creo —dijo ésta, encogiéndose de hombros. Desde que se metió en la política había habido entre ella y el presidente del grupo de Los Demócratas un convenio según el cual a partir de las seis de la tarde recuperaba su tiempo libre, a menos que se tratara de trabajos de comisión o votaciones absolutamente necesarias. «No hay problema», le dijo él, conocedor de la cantidad de votos que conseguía Merete. O sea que tampoco ahora habría ningún problema.

—Venga, Merete, ¿para qué tanta prisa? —dijo su secretaria la-deando la cabeza—. ¿Cómo se llama él?

Merete le dirigió una leve sonrisa y cerró la puerta del coche. Había llegado la hora de cambiar de secretaria.

2007

Marcus Jacobsen, el jefe de Homicidios, era un desordenado, cosa que no lo molestaba. Y es que el desorden era un fenómeno sólo aparente. En su interior se sentía de lo más estructurado. En su avispaado cerebro las cosas estaban pulcramente ordenadas. Los detalles nunca se le escapaban. Aun pasados diez años los seguía recordando con precisión.

Solamente en situaciones como la recién vivida —con la estancia llena a rebosar de compañeros sumamente observadores que tenían que esquivar las mesas gastadas y los montones de material de diversos casos— observaba el desorden de su oficina con cierto cabreo.

Marcus Jacobsen alzó su taza mellada de Sherlock Holmes y tomó un sorbo largo de café frío mientras volvía a pensar, por enésima vez aquella mañana, en el medio paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta. Joder, uno ya no podía permitirse ni un descanso para fumar en el patio. Directivas de los huevos.

—Escucha lo que te digo —dijo, mirando al subjefe Lars Bjørn, a quien había pedido que se quedara en la oficina después de la reunión informativa—. El caso del ciclista asesinado en el parque de Valby puede absorber toda nuestra energía si no andamos con cuidado.

Lars Bjørn asintió en silencio.

—Es una putada que Carl Mørck haya vuelto a su grupo en este momento y se lleve a cuatro de nuestros mejores hombres. La gente se queja de él, y ¿a quién acuden? —dijo el subjefe apuntando a su pecho, como si fuera el único que tuviera que

oír quejas de la gente. Después continuó—. Siempre llega tarde. Vuelve locos a sus chicos, revuelve en los casos, no responde las llamadas, su oficina es un caos, y para colmo han llamado del Instituto Forense para quejarse por una conversación telefónica que han tenido con él. Los chavales del Instituto Forense, ¿lo captas? Esos no se cabrean por cualquier cosa. Independientemente de lo que ha tenido que aguantar Carl, tenemos que hacer algo al respecto, Marcus. De lo contrario, no sé cómo va a funcionar el departamento.

Marcus arqueó las cejas. Vio ante sí a Carl. La verdad es que le caía bien, pero aquella mirada siempre escéptica y sus observaciones mordaces eran capaces de mosquear a cualquiera, lo sabía perfectamente.

—Sí, tienes razón. Sólo Hardy y Anker soportaban trabajar con él. Claro que también ellos eran un tanto raros.

—Marcus: la gente no lo dice directamente, pero ese tipo es una auténtica plaga, y siempre lo ha sido. No sirve para trabajar aquí, dependemos demasiado unos de otros. Carl ha sido un desastre de compañero desde el primer día. ¿Por qué lo trajiste de la comisaría de Bellahøj?

El jefe de Homicidios clavó su mirada en los ojos de Bjørn.

—Porque era y es un policía fantástico, Lars. Por eso.

—Sí, claro. Ya sé que no podemos darle puerta así, sin más, y desde luego que no en esta situación, pero entonces tendremos que encontrar alguna otra manera, Marcus.

—No lleva más de una semana desde que cogió el alta, hay que darle una oportunidad. Tal vez deberíamos mimarlo un poco.

—¿Estás seguro? Durante las últimas semanas nos han llegado bastantes más casos que los que podemos atender. Y además algunos de ellos son importantes, ya lo sabes. El incendio de Amerikavej ¿fue provocado o no? El robo de Tomsgårdsvej, donde murió un cliente del banco. La violación de Tårnby, en la que la chica murió; la muerte a navajazos de un chaval de la banda de del sur del puerto; el asesinato del ciclista en el parque de Valby. ¿Quieres más? Añade a eso todos los casos sin resolver.

Algunos de ellos ni siquiera los hemos empezado a investigar. Entonces tenemos a un jefe de grupo como Mørck. Perezoso, terco, malhumorado, cantamañanas, maleducado con sus compañeros, hasta el extremo de que el grupo está a punto de disolverse. No queremos verlo ni en pintura, Marcus. Manda a Carl a freír espárragos y que entre sangre joven. Ya sé que suena cruel, pero es lo que pienso.

El jefe de Homicidios asintió con la cabeza. Se había fijado en sus hombres durante la reunión informativa previa. Estaban callados, enfadados y cansados. Por supuesto que no querían que nadie les meara encima.

El subjefe se colocó junto a la ventana y miró a los edificios de enfrente.

—Creo que tengo una propuesta de solución. Puede que tengamos problemas con el sindicato, pero no creo.

—Lars, no me jodas. No quiero tener una enganchada con el sindicato. Si has pensado en empeorar su situación, van a saltar enseguida.

—¡Le daremos una patada hacia arriba!

—Ya.

Marcus tenía que andar con cuidado. El subjefe era un policía magnífico, con montones de experiencia y casos resueltos en su haber, pero como responsable del personal todavía le quedaba mucho por aprender. En aquella casa no se daban patadas a nadie sin más, ni hacia arriba ni hacia abajo.

—¿Propones que le demos una patada hacia arriba, dices? ¿Cómo? Y ¿quién has pensado que va a cederle el puesto?

—Ya sé que llevas casi toda la noche sin pegar ojo y que has estado toda la mañana atareado con el asesinato de Valby, o sea que probablemente no te has enterado de las noticias. Pero ¿no has oído lo que ha pasado en Christiansborg esta mañana?

El jefe de Homicidios sacudió la cabeza. Era verdad, había estado demasiado ocupado desde que el caso del ciclista asesinado en el parque de Valby tomara un nuevo giro. Hasta la

noche anterior habían tenido una buena testigo, una testigo fiable, y tenía sin duda más cosas para contar. Estaban seguros de estar muy cerca de resolver el caso. Pero de repente la testigo se cerró en banda. Saltaba a la vista que habían amenazado a alguien cercano a ella. Ellos la habían interrogado a fondo, estaba a punto de caramelo, habían hablado con sus hijas y con su madre, pero de pronto nadie tenía nada que decir. Sencillamente, tenían miedo. No, Marcus no había dormido gran cosa. O sea que, aparte de los titulares de los periódicos de la mañana, no sabía nada de nada.

—¿El Partido Danés otra vez?

—Exacto. Su portavoz de Justicia ha vuelto a presentar la proposición en relación con el convenio policial, y esta vez va a haber mayoría a favor. Van a aprobarla, Marcus. Piv Vestergård va a conseguir lo que quiere.

—¡No puede ser!

—Eché un sermón de veinte minutos desde la tribuna de oradores, y los partidos del gobierno la apoyaron, naturalmente, aunque los de La Derecha probablemente lo hicieron a regañadientes.

—¿Y...?

—¿Tú qué crees? Puso cuatro ejemplos de casos feos archivados que en su opinión es una vergüenza para la opinión pública que estén sin resolver. Y tenía muchos más casos en la cartera, te lo aseguro.

—¡Cojones! ¿Qué se piensa ésa? ¿Que la Policía archiva los casos por diversión?

—Dejó entrever que podría ser lo que ocurre con cierto tipo de casos.

—¡Qué disparate! ¿Por ejemplo...?

—Destacó, entre otros, casos en los que miembros del Partido Danés y Los Liberales han sido víctimas de un crimen. Hablamos de casos de proyección nacional.

—¡Esa tía está del coco!

El subjefe sacudió la cabeza.

—Eso crees, ¿eh? Pero eso era sólo una parte. Después, claro, mencionó casos de desapariciones de niños, casos en los que organizaciones políticas habían sido víctimas de ataques casi terroristas, casos de naturaleza particularmente bestial.

—Está claro que va a la caza de votos.

—Ya lo creo, si no lo habría arreglado fuera del Parlamento. Pero todos van a la caza de votos, porque todos los partidos están negociando en el Ministerio de Justicia. Los documentos van a llegar volando a la Comisión de Finanzas. Antes de dos semanas se habrá tomado una decisión, estoy seguro.

—Y ¿en qué va a consistir exactamente?

—En que hay que crear una nueva brigada dentro de la Policía Criminal. Incluso propuso que se llamara Brigada Q, en referencia a la lista electoral del Partido Danés*. No sé si era broma, pero así va a ser —dijo, con una risa avinagrada.

—Y ¿el objetivo? ¿Sigue siendo el mismo?

—Sí, el único objetivo es, resumiendo, ocuparse de lo que llaman «casos que requieren especial atención».

—Ocuparse de casos que requieren especial atención —dijo el jefe, moviendo la cabeza afirmativamente—. Sí, es una expresión muy bonita y clásica de Piv Vestergård que suena bien. Y ¿quién va a decidir qué casos merecen ese calificativo? ¿Lo dijo también?

El subjefe se alzó de hombros.

—Vale, o sea que nos pide que hagamos lo que de todas formas ya estamos haciendo. ¿Y qué? ¿En qué nos concierne?

—La brigada corresponde al Cuerpo Nacional de Policía, pero al parecer dependerá administrativamente del Departamento de Homicidios de la Policía de Copenhague.

El jefe de Homicidios se quedó boquiabierto.

—¡No puede ser! ¿A qué te refieres con administrativamente?

—Nosotros haremos el presupuesto y rendiremos cuentas. Aportaremos el personal de oficina. Y los locales.

* En el sistema electoral danés cada partido viene identificado por una letra a efectos de propaganda y papeletas de voto. (*N. del T.*)

—No entiendo. Ahora una brigada de Copenhague ¿va a resolver casos enterrados del distrito policial de Hjørring? Los distritos policiales no lo aceptarán. Exigirán representantes en la brigada.

—No está previsto. Va a presentarse como una descarga de trabajo para los distritos policiales, no como una labor añadida.

—¿Quieres decir que bajo este techo va a haber también una Brigada Móvil para casos imposibles? ¿Con respaldo de mis hombres? No, ni por el forro, no puede ser.

—Marcus, escucha. Sólo va a tratarse de un par de horas sueltas para unos pocos compañeros. No es nada.

—Pues a mí no me parece que no sea nada.

—Vale, entonces voy a decirte cómo lo veo yo, ¿de acuerdo?

El jefe de Homicidios se frotó la frente. No le quedaba otra opción.

—Marcus, va a haber una partida de dinero.

Calló un momento y miró intensamente a su jefe.

—No es mucho, pero sí lo suficiente para tener a un hombre ocupado y al mismo tiempo arramblar con un par de millones para el departamento. Es una partida especial creada para la ocasión.

—¡Vale! ¿Un par de millones? —asintió con la cabeza, concentrado—. ¡Vale! ¡De acuerdo!

—Genial, ¿verdad? Vamos a montar la brigada en menos que canta un gallo, Marcus. Creen que vamos a resistirnos, pero no lo haremos. Les haremos una propuesta constructiva y un presupuesto en el que evitaremos un destino concreto para las partidas. Después ponemos a Carl Mørck como jefe de la nueva brigada, aunque no va a ser jefe de nadie porque va a estar solo. Y va a estar a una distancia de seguridad de todos los demás, puedes estar seguro.

«¡Carl Mørck de jefe de la Brigada Q!». El jefe de Homicidios se lo estaba imaginando. Una brigada así podía gestionarse fácilmente con un presupuesto de menos de un millón al año. Incluidos viajes, análisis de laboratorio y toda la pesca. Si el

departamento pedía cinco millones al año por el servicio, a él le quedaría lo suficiente para un par de grupos de investigación más en la sección de Homicidios. Entonces podrían ir investigando poco a poco viejos casos. Puede que no casos de la Brigada Q, pero algo parecido. Los contornos borrosos eran la clave de todo. Genial, sí, señor. Ni más ni menos.

2007

Hardy Henningsen era el policía más alto que había trabajado en Jefatura. En sus papeles del servicio militar ponía que medía dos metros siete, pero se quedaron cortos. Cuando hacían alguna detención era siempre Hardy el que llevaba la voz cantante, y los detenidos tenían que echar la cabeza hacia atrás mientras les leía sus derechos. Aquello solía causar una impresión duradera en la mayoría.

En aquel momento la altura no era ninguna ventaja para Hardy. Por lo que veía Carl, aquellas largas piernas paralizadas no podían estirarse. Carl propuso a la enfermera que desmontara el pie de la cama, pero por lo visto sus competencias no daban para tanto.

Hardy no decía nada. Su televisor estaba encendido a todas horas del día y de la noche, y la gente entraba y salía de la habitación, pero él no reaccionaba. Simplemente estaba allí, en Hornbæk, en la Clínica para Lesiones de Médula, tratando de sobrevivir. De masticar la comida, mover un poco el hombro, que era lo único que podía controlar de cuello para abajo, y por lo demás dejar que las auxiliares manipularan su torpe cuerpo paralizado. Se limitaba a mirar al techo mientras le lavaban la entrepierna, le metían agujas hipodérmicas o vaciaban su bolsa de heces. Hardy ya no hablaba tanto, no.

—Ya he vuelto a Jefatura, Hardy —dijo Carl mientras le ajustaba el edredón—. Están trabajando a tope en el caso. Aunque todavía no han encontrado nada, seguro que echan mano a los que nos dispararon.

Los pesados párpados de Hardy no se movieron. No se dignó a dirigir la mirada a Carl ni al exagerado y repetitivo reportaje sobre el desalojo de la Casa de la Juventud que estaban dando en las noticias de TV2. Era evidente que todo le daba igual. Hasta su rabia había desaparecido. Carl lo entendía mejor que nadie. Aunque no se lo mostraba a Hardy, también a él le importaba todo un huevo. Era absolutamente irrelevante saber quién les disparó. ¿De qué iba a valer saberlo? Si no habían sido unos, habrían sido otros. En el mundo había basura así de sobra.

Saludó levemente con la cabeza a la enfermera que entró con una bolsa de suero llena. La última vez que Carl había estado de visita, ella le pidió que esperase fuera mientras arreglaba al paciente. No le sirvió de nada, y saltaba a la vista que no lo había olvidado.

—Vaya, ¿todavía aquí? —dijo a Carl con tono cortante, mirando al reloj.

—Me viene mejor antes de ir a trabajar. ¿Algún problema?

La enfermera volvió a mirar al reloj. Sí, entraba a trabajar más tarde que la mayoría.

La enfermera tomó el brazo de Hardy y observó la aguja del suero en el dorso de la mano. Después se abrió la puerta y entró la primera fisioterapeuta. Le esperaba un trabajo duro.

Carl dio una palmada sobre la sábana, donde se dibujaba el contorno del brazo derecho de Hardy.

—Estas tías te quieren en exclusiva, o sea que me largo, Hardy. Mañana volveré algo más temprano y ya hablaremos. Ánimo, hombre.

Arrastraba el tufo de medicinas cuando salió al pasillo y apoyó la espalda en la pared. Tenía la camisa pegada a la espalda, y las manchas bajo las axilas se extendían por el tejido. Desde el tiroteo le ocurría a la mínima.

Hardy, Carl y Anker, como de costumbre, habían llegado al lugar del crimen, en Amager, antes que nadie, y llevaban puestos ya los buzos blancos desechables, la mascarilla, los guantes y la

redecilla para el pelo que prescribían las normas. Hacía sólo media hora que habían encontrado al anciano con el clavo en la cabeza. El trayecto desde Jefatura era cortísimo.

Aquel día disponían de tiempo abundante antes del levantamiento del cadáver. Al parecer, el jefe de Homicidios estaba reunido con el Director de la Policía por un asunto de reforma de estructuras, pero seguro que aparecería en cuanto pudiera, acompañado del forense. No había trámite burocrático que pudiera apartar a Marcus Jacobsen del lugar del crimen.

—En los alrededores no hay gran cosa para los peritos de la Policía —dijo Anker, pisoteando la tierra, que estaba blanda y resbaladiza por la lluvia caída durante la noche.

Carl miró alrededor. Aparte de los zuecos del vecino, no había muchas huellas de pies alrededor del barracón, que era de los que vendieron los militares en los años sesenta. En su época los barracones estarían bien, pero al menos aquella casa hacía tiempo que había dejado de estar presentable. Las vigas del techo estaban hundidas, el tejado de uralita lleno de grietas, no había dos tablas sanas en la fachada, y la humedad había dejado su huella. Incluso el letrero de la puerta, donde ponía Georg Madsen escrito a rotulador negro, estaba medio podrido. Y además el muerto apestaba, el hedor se colaba por todas las grietas. En suma, una mierda de casa.

—Voy a hablar con el vecino —dijo Anker, volviéndose hacia el hombre que llevaba media hora esperando. Había como mucho cinco metros hasta la terraza de su pequeña propiedad. Cuando derruyeran el barracón sus vistas mejorarían bastante, sin duda.

Hardy soportaba bien el hedor de los cadáveres. Tal vez porque era más alto y lo salvaba la distancia, tal vez porque su sentido del olfato estaba menos desarrollado que el de la mayoría. Aquella vez el hedor era especialmente fuerte.

—Cómo canta el jodido —gruñó Carl mientras se calzaban las zapatillas de plástico azul en el pasillo.

—Voy a abrir la ventana —dijo Hardy, entrando en la habitación que había junto al claustrofóbico recibidor.

Carl atravesó el umbral de la puerta de la pequeña sala. Las persiana bajada no dejaba pasar mucha luz, pero sí la suficiente para ver la figura, que estaba sentada en un rincón, con la piel gris verdosa y surcos profundos en las ampollas que le cubrían la mayor parte del rostro. De la nariz rezumaba un líquido claro de color rojizo, los botones de la camisa estaban a punto de saltar por la presión del tronco hinchado. Sus ojos parecían de cera.

—El clavo de la cabeza se lo han metido con una clavadora Paslode —dijo Hardy por detrás mientras se ponía los guantes de algodón—. Está en la mesa de la habitación de al lado. Hay también una atornilladora-taladradora a batería, y aún le queda carga. Recuerda que tenemos que averiguar cuánto tiempo pueden estar sin recargar.

Llevaban poco tiempo examinando la casa cuando volvió Anker.

—El vecino lleva viviendo en la casa desde el 16 de enero —dijo—. O sea, diez días, y en ese tiempo no ha visto nunca al difunto salir de casa.

Señaló el cadáver y miró alrededor.

—Se había sentado en la terraza y estaba disfrutando el cambio climático, por eso ha reparado en el hedor. El pobre está bastante conmocionado. Igual deberíamos decirle al forense que le eche un vistazo después de examinar el cadáver.

Lo que sucedió a continuación Carl no pudo describirlo después más que de forma muy vaga, y se conformaron con eso. Según la opinión mayoritaria tampoco había estado consciente. Pero no era cierto. Lo recordaba todo demasiado bien. Lo que pasa es que no quería entrar en detalles.

Oyó que alguien entraba por la puerta de la cocina, pero no reaccionó. Puede que fuera el hedor, puede que creyera que habían llegado los peritos.

A los pocos segundos registró con el rabillo del ojo una figura con camisa roja a cuadros que irrumpía en la estancia. Pensó que tendría que sacar la pistola, pero no lo hizo. Le faltaron reflejos. Pero sí que notó la onda expansiva cuando la primera bala alcanzó a Hardy en la espalda e hizo que cayera,

derribando a Carl y dejándolo aprisionado debajo. La enorme presión del cuerpo perforado de Hardy retorció violentamente la columna vertebral de Carl e hizo que su rodilla crujiera.

Después llegaron los disparos que alcanzaron a Anker en el pecho y a Carl en la sien. Recordaba con claridad meridiana que estaba tumbado, con un Hardy respirando febrilmente encima, y que la sangre de Hardy manaba de su buzo y se mezclaba con la suya en el suelo. Y mientras las piernas de los autores pasaban a su lado, no dejaba de pensar que tenía que encontrar la pistola.

Tras él yacía Anker en el suelo, tratando de voltear el cuerpo mientras los asesinos charlaban en el pequeño cuarto junto al recibidor. A los pocos segundos entraron de nuevo en la sala. Carl oyó que Anker les daba el alto. Después se enteró de que Anker había sacado la pistola.

La respuesta a la orden de Anker fue otro disparo, que hizo estremecerse el suelo y dio a Anker de lleno en el corazón.

Todo sucedió rápidamente. Los asesinos escaparon por la puerta de la cocina, y Carl no se movió. Estaba totalmente quieto. Ni cuando llegó el forense dio señales de vida. Después el forense y también el jefe de Homicidios dijeron que al principio pensaron que Carl estaba muerto.

Carl estuvo un buen rato como desvanecido, con la cabeza llena de ideas angustiosas. Le tomaron el pulso y se llevaron a los tres. No abrió los ojos hasta llegar al hospital. Decían que tenía la mirada muerta.

Pensaban que era por la conmoción, pero era por vergüenza.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó un hombre con bata que andaría por los treinta y tantos.

Carl se separó de la pared.

—Acabo de visitar a Hardy Henningsen.

—Hardy, sí. ¿Es usted familiar?

—No, soy su compañero. Era el jefe de grupo de Hardy en el Departamento de Homicidios.

—¡Vaya!

—¿Cuál es su pronóstico? ¿Volverá a andar?

El joven médico se retiró un poco. La respuesta era clara. No incumbía a Carl cómo iba su paciente.

—Por desgracia, no puedo dar información a nadie que no sea pariente cercano. Estoy seguro de que lo entiende.

Carl agarró al médico por la manga.

—Estaba con él cuando ocurrió, ¿entiende? A mí también me pegaron un tiro. Uno de nuestros compañeros murió. Estábamos juntos en aquello, por eso quiero saberlo. ¿Volverá a andar? ¿Puede decirme eso?

—Lo siento —dijo el médico, retirando la mano de Carl—. Seguro que por su trabajo puede conseguir información sobre la situación de Hardy Henningsen; yo, al menos, no puedo informarlo. Cada uno tenemos que atender a nuestro trabajo, como debe ser.

El estudiado deje de autoridad médica, la esmerada pronunciación y las cejas ligeramente arqueadas eran de esperar, pero tuvieron el efecto de la gasolina en el proceso de encendido automático de Carl. Podría haberle sacudido un sopapo, pero prefirió agarrarlo por las solapas y tirar de él hasta tenerlo pegado a la cara.

—Atender a nuestro trabajo —dijo entre dientes—. Más vale que cierres ese pico de niño antes de que te hinches demasiado, ¿lo pillas?

Apretó la presa del cuello, y el médico empezó a ponerse nervioso.

—Cuando tu hija no llega a casa a las diez como debería, somos nosotros los que salimos a buscarla, y cuando violan a tu mujer o tu BMW de color beige ha desaparecido del aparcamiento también nos toca a nosotros. Siempre estamos a tu disposición, también cuando hay que consolarte, ¿lo pillas, come mierda? Voy a preguntártelo otra vez: ¿volverá a andar Hardy?

El médico respiraba a sacudidas cuando Carl le soltó el cuello.

—Tengo un Mercedes y no estoy casado.

El hombre con bata resplandecía. Creía haber acertado con el registro en que se movía Carl. Probablemente algo que había

aprendido en algún cursillo de psicología que se había colado entre las clases de anatomía. Por lo visto le habían enseñado que un toque de humor suele desarmar al contrario, pero aquello no funcionaba con Carl.

—Ve corriendo adonde la Ministra de Sanidad si quieres saber lo que es arrogancia, gilipollas —dijo Carl alejando al médico de un empujón—. Te queda mucho por aprender.

En su despacho lo esperaban el jefe de Homicidios y el pequeño Lars Bjørn. Aquello era señal inquietante de que el grito de socorro del médico había traspasado los gruesos muros de la clínica. Los observó un momento. No, parecía más bien que alguna idea disparatada hubiera invadido sus cerebros de burócrata. Espió las miradas que se dirigían mutuamente. ¿Tendría que ver quizá con la ayuda personalizada? ¿Lo obligarían una vez más a ir a hablar con un psicólogo acerca de cómo deben entenderse y combatirse las situaciones postraumáticas? ¿Podría soportar una vez más a un hombre de mirada profunda que quería penetrar en sus oscuros recovecos para que revelara lo que decía y lo que callaba? Se lo podían ahorrar, porque Carl ya lo sabía. El problema que tenía no se resolvía con palabras. Llevaba mucho tiempo en un segundo plano, pero el incidente de Amager lo había hecho desbordar.

Podían irse todos al carajo.

—Bueno, Carl —dijo el jefe de Homicidios señalándole su silla vacía—. Lars y yo hemos hablado de tu situación, y creemos que hay motivos para decir que nos pones ante un dilema.

Aquello sonaba a despido. Carl se puso a tamborilear con las uñas sobre el borde de la mesa y miró más allá de su jefe, ¿quería despedirlo? No se lo iba a poner fácil.

Alzó la vista y miró al parque Tivoli, donde las nubes se amontonaban amenazantes sobre la ciudad. Si lo despedían, quería salir de allí antes de que empezara a jarrear. Nada de perder el tiempo buscando al representante sindical. Iría directamente al sindicato, que estaba al lado, en el Boulevard H.C.

Andersen. Despedir a un buen compañero a la semana de haber vuelto a trabajar tras la baja, y a los dos meses solamente de que lo tiroteasen y perdiese dos buenos compañeros de grupo, le parecía inaceptable. El sindicato de policía más antiguo del mundo tendría que demostrar que estaba a la altura de las circunstancias.

—Ya sé que te pilla algo desprevenido, Carl. Verás, hemos pensado que te conviene un cambio de aires, pero de manera que podamos aprovechar mejor tu excelente talento de policía. De hecho, vamos a ascenderte a jefe de una nueva brigada, la Brigada Q. Su objetivo va a consistir en investigar casos archivados de interés especial para el bien público. Casos de especial importancia, podríamos decir.

Ahí va la virgen, pensó Carl, echándose hacia atrás en la silla.

—Llevarás la brigada tú solo, pero ¿quién mejor que tú para eso?

—¡Cualquiera! —contestó Carl, mirando a la pared.

—Escucha, Carl: has pasado por un período duro, y este puesto te viene como anillo al dedo —dijo el subjefe.

¿Qué coño sabrás tú de eso, pardillo?, pensó Carl.

—Vas a tener una autonomía total. Vamos a seleccionar unos cuantos casos tras consultar con los jefes de policía de los distritos, y después tú decidirás en qué orden y con qué metodología los investigas. Tienes una cuenta de gastos, nos basta con que hagas un informe mensual —añadió su jefe.

Carl arrugó el entrecejo.

—¿Los jefes de policía, dices?

—Sí, los casos abarcan todo el país. Por eso tampoco puedes seguir trabajando con tus antiguos compañeros. Hemos habilitado un nuevo departamento en Jefatura, pero separado de nosotros. En este momento están instalando tu despacho.

Buena jugada, así se libran de oír más quejas, pensó Carl.

—Bueno, y ¿se puede saber dónde está ese despacho? No será el tuyo, ¿verdad? —fue lo que dijo.

La sonrisa del jefe se hizo algo forzada.

—Que ¿dónde está tu despacho? Pues de momento en el sótano, pero quizá podamos cambiarlo de sitio más adelante. Por el momento vamos a ver cómo funciona. Porque si el porcentaje de casos resueltos es mínimamente aceptable, la situación puede cambiar.

Carl volvió a mirar a las nubes. En el sótano, decían. O sea que el plan era machacarlo. Querían volverlo loco, recluirlo, aislarlo y hacer que se deprimiera. Como si hubiera alguna diferencia entre hacerlo aquí arriba o allí abajo. De todas formas, hacía lo que le daba la gana, que consistía en no hacer nada de nada, en la medida de lo posible.

—Por cierto, ¿qué tal Hardy? —preguntó su jefe después de una larga pausa.

Carl dirigió la mirada hacia su jefe. Era la primera vez que le preguntaba por Hardy en todo el tiempo transcurrido desde el tiroteo.